

El estudio de la literatura y el arte en las “periferias”.

Algunos aportes de la perspectiva transnacional

Mariana Cerviño¹

La expansión sin precedentes de investigaciones sobre fenómenos artísticos o literarios en los últimos años invita a una reflexión profunda sobre los marcos en los cuales esa cantidad de estudios puede ser integrada. La dispersión de metodologías y el eclecticismo teórico de una gran parte de esos trabajos oponen obstáculos a la posibilidad de acumular conocimiento y fomentar diálogos fecundos. En congresos y publicaciones suelen encontrarse trabajos tan variados en cuanto al tipo de preguntas formuladas y su alcance que, muchas veces, es difícil pensar un terreno común de intercambios que tengan como eje a esos objetos empíricos, demasiado pregnantes en relación a sus débiles construcciones analíticas.

Si este estado de la cuestión dio lugar a cuestionamientos e impugnaciones (Bassnett 1993; Spivak 2003; Boschetti 2009), ha impulsado también una refundación a partir de un cambio en el punto de vista. Una nueva generación de estudios sociales de la literatura considera como condición indispensable la inscripción de los casos particulares, tanto contemporáneos como del pasado, en un espacio común definido de distintas maneras que atraviesa los marcos nacionales.

Esta perspectiva tiene un primer impulso en la conferencia inaugural del Centro interdisciplinario sobre Francia de la Universidad de Friburgo (Alemania) (*Frank-reich Zentrum*) el 30 de octubre de 1989, ofrecida por Pierre Bourdieu, invitado por el fundador de este centro, Joseph Kurt (2015: 153).² Esbozó, entonces, la necesidad de llevar a cabo un programa de investigaciones “para una ciencia de las relaciones internacionales en materia de cultura”, un verdadero internacionalismo científico que corrigiera, en cierta medida, los malentendidos que usualmente ocurren en los intercambios internacionales (Bourdieu 2002: 3-4). Éstos, señalaba, son provocados por razones estructurales, dadas por el hecho de que los textos

1. IIGG-CONICET.

2. El texto de esa conferencia fue publicado por primera vez como Bourdieu, P. (1990), “Les conditions sociales de la circulation des idées”, *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte / Cahiers d’Histoire des Littératures Romanes*, 14 (1-2), pp. 1-10. Más tarde fue republicado en Bourdieu, P. (2002) ARSS, 145, pp. 3-8. Hay traducción en español. en Bourdieu, P. (1999), “Las condiciones sociales de la circulación de las ideas”. En *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

Lecturas
en debate

apuntes
CECYP

30

PÁGINA

161

“viajan sin sus contextos”, es decir que los contextos que dan sentido a los textos son ignorados por el campo de acogida que, a su vez, les impone una clave de lectura en función de sus propias problemáticas, distorsionando “el sentido y la función” original (Bourdieu : 3). Otras marcas son adheridas al texto, condicionando asimismo su lectura: prologuistas, editores, tradiciones distintas en las cuales se inserta el inconsciente cultural nacional, las instituciones educativas y sus programas de estudio, son algunos de los elementos arbitrarios que “obstaculizan acumulación de conocimiento y la internacionalización (o desnacionalización) de las categorías de pensamiento” (Bourdieu: 8).

A partir de este planteo, Bourdieu desarrolló junto a Kurt un proyecto denominado “Factores determinantes de la circulación internacional de las ideas”, que funcionó entre 1996 y 1998, abriendo una línea de trabajo fructífera que se ha ido desarrollando en los últimos treinta años, desplegada sobre todo en los estudios sobre el libro y la edición, dentro de lo que se ha definido como el “giro material” (Sorá 2011; Saferstein 2013). Sin embargo, esta perspectiva ha sido poco aprovechada –hasta el momento– para pensar fenómenos de producción literaria o artística argentina. Esta breve reseña desea contribuir a ello.

Se trata de poner en cuestión los límites metodológicos de los marcos nacionales para el análisis de la producción literaria que, impuestos primero por la apropiación de los Estados Nación de la producción intelectual en el proceso histórico de su fundación, han sido luego reafirmados por las historiografías locales. Si bien la mayoría de estos trabajos se centran en la literatura, la propuesta de un cambio en el punto de vista es trasladable al resto de las producciones culturales.

La mirada que intentaremos desarrollar en este artículo propone que la escala que permite comprender la singularidad de cada obra o cada autor es la que abarca la estructura total que los hace emerger como tales: la totalidad de los textos que forman “la historia de la literatura” (Casanova 2001: 13). Tomaremos como punto de partida dos libros que forman parte de un conjunto mucho mayor³ para exponer miradas diferentes en su formulación pero, a mi juicio, complementarias, aspirando a contribuir a una primera aproximación a este terreno común de problemas.

Pascale Casanova

La publicación de *La République mondiale des Lettres* en 1999 abre este camino. Su estudio se vincula a diversos replanteos de que ha sido objeto,

3. Para el contexto francés al que pertenecen los textos de esta reseña, pueden mencionarse dos libros notables: Christophe Charle (dir.) (1993) *Histoire sociale, histoire globale?* Paris: Editions de la MSH; Chartier, Roger (2009) *Au borde de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*. Paris: Albin Michel.

desde la historiografía, la idea de *nación* y su fundamento identitario.⁴ El punto de vista transnacional pone en cuestión, en primer lugar, a los nacionalismos; es decir las visiones esencialistas de los rasgos que unificarían al pueblo, la cultura y la nación, tanto en términos políticos como literarios. Los rasgos nacionales responden a definiciones contra otros, antes que a características intrínsecas. Desde allí propone un abordaje relacional de los fenómenos literarios entendidos como nacionales, inscriptos en una estructura total que los interrelaciona, más allá de la conciencia y de la intención de cada escritor particular.

Casanova parte de señalamientos que han hecho distintos escritores a lo largo de la historia sobre la existencia de un mercado mundial de la literatura, donde se intercambia un capital específico, el literario, dependiente del lingüístico. Los más lúcidos entre ellos –los dominados– son capaces también de objetivar las luchas que tienen lugar en ese espacio, y las desiguales armas con que cuentan los interesados. Tienen lugar allí “guerras invisibles”, como las llama el poeta ruso Vélimir Jlebnikov, a las que se entregan por el sólo hecho de existir en ese espacio donde la autoridad literaria es una función del capital simbólico acumulado de las lenguas, formado por “la antigüedad, la ‘nobleza’, el número de textos literarios escritos, el de textos universalmente reconocidos, el de traducciones” (Casanova 2001: 35).

Es por la imbricación de la literatura con la nación, a través de la lengua, que la geografía de ese territorio universal sigue en parte la distribución histórica del poder político y económico entre los Estados. Sin embargo, sus bordes –sus regiones, sus provincias, sus capitales, sus márgenes– no coinciden del todo, gracias a las gestas de algunos escritores que han logrado demarcar, a fuerza de luchas y de revoluciones literarias, ciertas fronteras específicas que no responden inmediatamente a aquéllas, sino que siguen en su trazado el valor distintivo del reconocimiento literario.

4. En la introducción al libro *L'espace intellectuel européen*, Gisèle Sapiro (2009) adopta una perspectiva histórica de largo plazo, para recordar que la intelectualidad europea como colectivo es anterior a la conformación de los Estados nación. Se manejaba una lengua común, el latín, hasta tanto los estados modernos se apropiaran de esas producciones desintegrando aquella comunidad letrada, a través de la división lingüística y de la nacionalización de sus producciones. La asociación directa entre literatura y nación es una construcción histórica relativamente reciente, que se consolida junto con la forma Estado-nación en el siglo XIX (Charle, 2009). A partir de allí otros fenómenos colaboraron hacia esa dirección. La extensión de la población lectora hacia un público que no dominaba aquélla lengua, sino solo la vernácula orientó el incipiente mercado editorial (Sapiro, 2009: 14-15). Los propios intelectuales hicieron su parte. La rebelión de la intelectualidad alemana desde fines del siglo XVIII ante la dominación de la cultura francesa, sentó las bases de una diferenciación nacional de las culturas, asociadas cada una a rasgos pretendidamente particulares (Kurt, 2015: 12). Lejos de constituir elementos esenciales de una identidad común, tales propiedades son el producto del sistema de diferencias (y competencia) que conformaron los nacientes Estados modernos y en ellos, del lugar que ocuparon los intelectuales. Como ha afirmado Anne-Marie Thiesse, “Nada es más internacional que la formación de las identidades nacionales”. (2001: 11).

Siguiendo el esquema propuesto por Bourdieu para los campos nacionales, Casanova argumenta que en ese espacio literario mundial se encuentran también los polos *autónomo* y *heterónimo*. El primero, formado por la sumatoria de los polos autónomos nacionales que son también los más internacionales; mientras que el segundo se alimenta sobre todo de las literaturas nacionalistas (las menos autónomas, dado que siguen un criterio político, el de lo nacional) las cuales, paradójicamente, son las que se adaptan mejor al segmento globalizado de la edición de libros de gran tiraje ávido de “color local”.

En los propios espacios nacionales, se encuentran temporalidades (y, por tanto, estéticas y teorías) literarias muy distintas, que hacen coexistir, dentro de una misma nación y una misma lengua, a escritores que, a pesar de ser en apariencia contemporáneos (cronológicamente), pueden hallarse más cerca de autores muy alejados en el espacio geográfico que de sus compatriotas. La lógica específica del mundo literario, que ignora la geografía ordinaria e instituye territorios y fronteras muy diferentes de los políticos, permite aproximar, por ejemplo, al irlandés James Joyce y al alemán Arno Schmidt, al yugoslavo Danilo Kiš y al argentino Jorge Luis Borges u, opuestamente, al italiano Umberto Eco y al español Pérez-Reverte, o al escritor serbio Milorad Pavić [...]. A la inversa, en los espacios más dotados de recursos literarios coexisten (al menos en apariencia) autores que trabajan a años luz unos de otros. Los académicos (a menudo miembros de academias) del mundo entero forman la gran cohorte de todos los rezagados de la literatura, que reproducen modelos literarios obsoletos porque creen en la eternidad de formas estéticas anticuadas y caducas desde hace mucho. Los modernos, por su parte, prosiguen sin tregua la (re)invención de la literatura (Casanova 2001: 139).

Los términos de ese intercambio se imponen de manera desigual a los escritores. Sin embargo, las relaciones entre distintos grupos de intelectuales pueden revelarse en un terreno común de búsquedas compartidas que se retroalimentan en sus intercambios. La modernidad literaria (o artística) así pensada no es algo que haya “surgido” en París y luego “recepcionada” en localidades distantes a ésta capital, sino que se define como un espacio común de disputas por la reinención de estéticas, a la que contribuyeron escritores y artistas de todo el mundo, quienes –estando o no allí– tomaron a París como el “meridiano de Greenwich”, marcador del presente, de la modernidad estética. Es decir, todos quienes adoptaron una definición de la literatura autónoma que implicaba el deber de inventar nuevas formas para aparecer, norma mayor de la que se desprendían todas sus apuestas.

París fue entonces más que el centro del campo nacional francés, sino el de la convergencia de numerosos intelectuales que se encontraron ahí, espacio del mito de la universalidad, cuyo efecto y causa es la heterogeneidad de origen de sus figuras más prominentes (Picasso, Mondrian, Kandinsky, tanto como Joyce, Faulkner o Gertrude Stein, entre una infinidad de ca-

sos). Se trata de una cantidad importante de inmigrantes, los que tienen por definición la tarea de revolucionar las reglas para poder emerger en un campo al que recién llegan como dominados.

La constitución de esta ciudad como capital de la literatura mundial es producto de dos fenómenos concurrentes: uno del orden del mito, construido literariamente; otro, efecto de éste, el de la migración de escritores hacia allí, lo que la convierte en la ciudad cosmopolita por excelencia en lo que hace a lo literario. Por eso, aun en el caso extremo que es París en el siglo XIX, debe su carácter central más a la confluencia de escritores de diversos orígenes nacionales que a las propiedades del campo literario nacional francés, si bien no puede soslayarse su alto grado de autonomía en relación con la política, es decir al Estado.

Subrayar las diferencias nacionales pasa por alto el tipo de formación de la mayoría de los intelectuales, artistas, escritores, por no decir todos. Los programas universitarios, así como la literatura de la que se nutren los autodidactas, tienen siempre una base internacional, compartida por los campos nacionales occidentales (u occidentalizados). Por otro lado, los intercambios con campos llamados “centrales”, no solo se concretan a través de las bibliotecas, sino que también responden a modos más directos como viajes, correspondencia, militancias, en suma, relaciones interpersonales.

Si la consideración de un centro y una/s periferias tiene la ventaja de iluminar desigualdades de origen para los escritores o intelectuales que han nacido en Estados-nación menos “dotados”, como dice Casanova, el abuso de esta categoría transforma una relación desigual en una propiedad sustantiva, adoptando muchas veces el punto de vista de los centros, sin problematizarlo. ¿Es la de Borges una literatura periférica? ¿Lo es el arte concreto invención? ¿El conceptualismo de los sesenta?⁵

Es difícil evaluar, si no es a partir del estudio de casos concretos, cuánto peso tiene en el acervo intelectual de un escritor argentino, por poner un ejemplo ilustrativo, la literatura llamada “argentina”, o la también así llamada “latinoamericana” con respecto a la literatura llamada “francesa”, “inglesa”, “norteamericana”, etcétera. Incluso cabría cuestionar cuánto de nacional y cuánto de internacional tiene cada una de esas literaturas denominadas por el origen de nacimiento del escritor en cuestión.

Uno de los imponderables en el que se sostiene la consideración nacional de la literatura es, sin, dudas la lengua. Pero además de soslayar el trabajo de traducciones que vuelven esa barrera más elástica de lo que se presupone, el supuesto de la lengua como ancla nacional de los escritores, debería en principio considerar más que los Estados-Nación, lo que Pascale Casa-

5. Los tres casos que menciono, sólo a manera ilustrativa, han tenido lugar en momentos de fuertes intercambios internacionales que impiden pensarse como fenómenos locales y/o periféricos. El primero, en el marco de la revista *Sur* y su política internacionalista; el segundo, del Partido Comunista (Lucena 2015); y en el tercer caso, de la expansión internacionalista que tiene lugar en los años sesenta (Giunta 2001).

nova denomina las “regiones lingüísticas”. Esta noción permite observar el comportamiento estratégico de escritores que provienen de países menos “dotados”, literariamente hablando, para aparecer en el espacio de la literatura mundial, no como subordinados a la “ciudad” dominante en cada una de esas regiones, sino como portadores de una voz propia en igualdad de condiciones en las luchas por lo literario.

Entre los casos que analiza Casanova –Joyce, Faulkner, Rubén Darío, Octavio Paz, entre otros– cabe ubicar el de Borges para repensar algunas de las interpretaciones de las que ha sido objeto. Aunque su propia trayectoria no sea desarrollada puntualmente, las de otros escritores, cuya situación y estrategias se le asemejan notablemente, habilitan la comparación. Borges se ubicaría, por la región lingüística a la que pertenece, como heredero de la literatura española, pero en una posición de dominado por el pasado colonial de su campo nacional, el argentino. Se encuentra así en una situación similar a la mayor parte de los escritores que han revolucionado la literatura en el siglo XX. Pero para realizar esas rupturas debe realizar simultáneamente dos tareas: por un lado, desprenderse del lazo de dependencia que lo une a la capital de la región lingüística a la cual pertenece; y por otro, construir un patrimonio literario y lingüístico distinto a aquel que ofrece la literatura española, del cual carece por pertenecer a un campo literario recién nacido.

Con respecto a lo primero, es conocido el desprecio que manifestaba Borges respecto a la literatura española. Rescataba unos pocos casos, siempre de siglos anteriores al suyo. En cambio, sus referencias se nutren, la mayor parte de las veces, de la literatura inglesa o norteamericana, a la cual no debía nada por su origen, subrayando así el carácter autónomo de sus elecciones en materia de literatura.

En relación con lo segundo, se abocó a la construcción de una lengua nacional que lo cobijara en la literatura mundial donde cuentan, y mucho, los respaldos de los Estados y los acervos literarios que éstos han expropiado históricamente para justificar su empresa de dominio. Justamente por su carácter de dominado, entendió muy rápidamente que, para emerger en ese espacio de diferencias y desigualdades que constituye la literatura mundial, debía primero sentar las bases de una “literatura nacional” (y una lengua distintiva), sobre cuya base la suya propia podía aparecer, rompiéndola.

Bajo esta luz, la problemática del *centro y la periferia*, es objeto de nuevas interrogaciones. En lo que refiere a la temporalidad, la metáfora del “reloj atrasado” que marcaría la distancia de las periferias al centro, puede evaluarse sin dejar de considerar las desigualdades, pero desechando asimismo la presunción evolucionista de ese registro temporal que considera *a priori* lo que ocurre en los centros como central y lo que ocurre en las periferias como periférico, sustancializando la localización geográfico-política como definitoria de posiciones simbólicas. “Todos los escritores ‘ex-céntricos’ no están ‘condenados’ a un retraso intrínseco, como tampoco los escritores centrales son necesariamente ‘modernos’” (Casanova 2001:139).

Volviendo al caso Borges, la perspectiva de Casanova introduce un matiz en la consideración que hicieron Altamirano y Sarlo (1983) con respecto al cambio que produjo en la valoración local del joven escritor, la consagración que le otorgara *Temps Moderns*. El salto que produjo en su autoridad literaria local la traducción y publicación de sus versos en aquella revista demostraba, en aquella interpretación, la dependencia del campo nacional literario del juicio de otro campo nacional, el francés, relación asimétrica que no podía verificarse en el sentido opuesto.

Los premios internacionales, las citas y juicios celebratorios de escritores “guías” y árbitros pertenecientes al campo intelectual de las metrópolis, así como la *nouvelle critique*, contribuyeron a producir una nueva definición de Borges dentro del campo intelectual argentino. Una operación inversa, es decir que un escritor europeo obtenga su consagración definitiva en alguna capital cultural latinoamericana, sería impensable (Altamirano y Sarlo, 1983: 84).

Sin embargo –como demuestra Casanova a través de numerosos casos de otros escritores, incluso “europeos” como Joyce, quien también fue consagrado fuera de Irlanda– lo que representaba París en ese momento no era apenas el espacio central del campo literario francés (“otro espacio nacional”), sino que funcionaba, simbólica y materialmente, como capital de la literatura mundial (Casanova 2001: 69). Aparecer allí, en tribunas específicas que concentraban un capital sin equivalentes, significaba para el conjunto de los escritores, también los franceses, el pasaporte de entrada a la literatura. *Temps moderns* ofrece así una consagración internacional y es esto lo que repercute en su valoración tanto en Argentina como en otros países. Si para Altamirano y Sarlo ese grado de repercusión ponía en entredicho la autonomía del campo literario argentino en favor de su carácter “dependiente”, desde esta perspectiva, el acceso de Borges al espacio autónomo internacional marcaría la existencia de un polo autónomo en el campo nacional, en el cual Borges emergía como su figura eminente. No se trataría entonces de una asimetría general entre Europa y América Latina sino, más específicamente, del lugar mítico universal que constituye a “París” como centro del espacio autónomo internacional.

Anna Boschetti

Para poder construir una sociohistoria de la literatura de alcance transnacional, Boschetti propone, en *L'éspace culturel transnational* (2010), establecer parámetros comunes para favorecer un “comparatismo reflexivo”.⁶ Aunque en apariencia simple, su propuesta requiere ciertas condiciones.

6. El libro es una compilación de artículos presentados en un coloquio de la red ESSE, “Pour un Espace des Sciences Sociales Européen”, que tuvo lugar en la Universidad Ca Foscari de Venecia, organizado por la autora. En este breve comentario no pretendemos una reseña exhaustiva del libro, sino una exposición de su perspectiva para lo cual hemos incluido otros artículos de la autora. Véase bibliografía.

En primer lugar, juega un rol central enfatizar el carácter transnacional del sistema de la ciencia. Es decir, establecer condiciones para un verdadero intercambio entre investigadores e investigadoras de distintos recorridos, nacionalidades, tradiciones y disciplinas. Si la división del trabajo, producto de la diferenciación de intereses y trayectorias, constituye una condición de posibilidad para el avance de los conocimientos; la separación entre disciplinas, en cambio, tal como lo muestra la historia de la ciencia, no se funda en criterios científicos sino en factores históricos y sociales (Boschetti 2009: 154).

En segundo lugar, requiere recuperar las virtudes heurísticas de los aportes realizados hasta ahora, así como de los diversos usos, según las tradiciones de acogida donde han sido empleados, expandiendo sus presupuestos de origen –los *Culture studies* y sus cruces con el *giro cultural* y el *giro lingüístico* tanto en su espacio de origen, Gran Bretaña, como en sus apropiaciones en Estados Unidos y otros espacios académicos a partir de los años sesenta–; los estudios poscoloniales –y sus distintas derivas–; la *Transnational history*, entre otros abordajes. Pero también señalando los límites de éstas y otras tentativas, como la *World Literature* de Franco Moretti y el uso que le ha dado David Damrosh, cuya pretensión de definir qué es la literatura mundial ha producido una «revolución conservadora» (Boschetti 2010b).

En tercer lugar, la propuesta de una renovación del comparativismo, que sugiere Anna Boschetti, alerta contra los usos positivistas de este método, “la oposición término a término olvidando que los objetos de la comparación no son esencias, sino procesos, a menudo imbricados y constantemente en evolución” (Boschetti 2010a: 9). La historización de los conceptos es por ello un recurso clave contra la adopción acrítica de esquemas de percepción que son, en realidad, productos históricos.

Así, nociones como “vanguardia”, “modernidad”, “posmodernismo”, “manifiesto”, “autonomía”, entre otras, (Boschetti 2010b, 2014) imponen definiciones taxativas a fenómenos que responden a esa denominación y la presencia de rasgos debidos a condiciones de emergencia de ciertos casos. Un uso acrítico de esas categorías dificulta la comprensión de otras configuraciones, si lo que se intenta es detectar la presencia de aquellas propiedades. El respeto escolástico por definiciones que se presentan como transhistóricas –como la *Teoría de la vanguardia* de Peter Bürger⁷ ([1974]2000), tan presente en nuestro medio– ha impuesto rasgos *a priori* que sólo aparecen en determinados casos puntuales.

Desde miradas críticas hacia su carácter etnocéntrico, esas nociones son simplemente desechadas para estudiar procesos que se desarrollan en las periferias,⁸ eliminando así parámetros de comparación que serían fecundos para, en lugar de encapsular el estudio de fenómenos culturales al in-

7. Véase para una postura crítica frente a la omnipresencia de este autor en el medio argentino la entrada de Andrea Giunta (Libros del Rojas 2003:14).

8. Lo mismo se ha dicho respecto a la noción de “campo” en la creencia difundida de que su capacidad explicativa se ve restringida al caso francés (Sorá 2011).

terior de una supuesta particularidad sin parangón con lo que ocurre en los “centros”, contribuir al conocimiento de la hibridación y transferencias complejas (no tan solo bilaterales) que tienen lugar entre intelectuales.⁹

Si deben entenderse las producciones culturales en su carácter situado tomando en cuenta las condiciones materiales distintas y desiguales de cada emergencia, en función de distintas relaciones de fuerza entre los campos político y cultural de cada espacio nacional y de éstos con respecto a otros, no puede comprenderse cabalmente el sentido de aquéllas sin considerar el carácter transnacional de la formación, lecturas, influencias y saberes específicos que si han sido importadas o bien impuestas desde otros espacios gracias a un poder simbólico mayor, forman parte, no obstante, de las condiciones mismas de la producción de esos grupos. Ignorarlas no solo falsea la historia, incluso la de la colonización y dependencia en sus efectos concretos, sino también obstaculiza la comprensión de las complejas interrelaciones que dan forma a la vida intelectual (comprendida la literaria y la de las artes en general).

El horizonte comparativo permite sobrepasar los falsos localismos, e iluminar las constantes y las diferencias, a partir vincular casos aparentemente lejanos. Los estudios comparativos pueden incluso referirse a un solo caso, en la medida en que sostengan una mirada generalista que ponga en evidencia, puntual o sistemáticamente, analogías y diferencias con otros casos. Deben ser comparables, a partir de una construcción de su objeto como una configuración entre otras posibles, a partir de una transferencia metódica de problemas y de conceptos generales.

Desde esta perspectiva, el estudio de fenómenos locales o nacionales y el estudio de relaciones transnacionales no son especialidades separadas, sino niveles que pueden y deben integrarse mediante variaciones de escala, lo que permite tener en cuenta sus articulaciones y las diversas inscripciones de los agentes (Boschetti 2010a: 11).

La perspectiva transnacional, entendida como un “comparativismo reflexivo”, por último, evita atrincherarse desde el valor en sí de lo periférico, como lo ensayan algunas líneas de los estudios poscoloniales que tienden a construir cánones alternativos, sosteniendo la selección en criterios arbitrarios, como la pretendida pureza y autenticidad de fenómenos “no occidentales” excluidos en las categorías clasificatorias tradicionales.¹⁰

9. Para un panorama de las distintas posiciones de analistas argentinos sobre las vanguardias argentinas puede consultarse el ciclo de conferencias con ese nombre, (Libros del Rojas 2003). Por ejemplo, Dubatti, afirma a partir de la definición de Peter Bürger: “Por lo que podemos concluir que las vanguardias históricas nunca existieron en el teatro argentino” (Ibíd., 2003: 43).

10. “Ciertos trabajos [incluidos en esa línea] proponen menos una superación que una inversión de la perspectiva eurocéntrica, ya que hacen de la historia colonial y postcolonial el centro de la historia mundial, y reemplazan el canon occidental por un nuevo canon, excluyendo de hecho a los autores occidentales” (Boschetti 2009: 156).

Lecturas en debate

M. Cerviño

El estudio de la literatura y el arte en las “periferias”

apuntes
CECYP

30

PÁGINA

169

Bibliografía

- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. 1983. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- Anderson, Benedict. 1983(1993). *Comunidades Imaginadas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Bassnett, Susan. 1993.. *Comparative Literature. A critical introduction*. Oxford: Blackwell.
- Boschetti, Anna. 2009. Présupposés et vertus de l'échange théorique transnational. *Revue critique et de théorie littéraire*, 45-46. Pp. 153-168. Obtenido de (<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3717730>).
- .2010a. *L'espace culturel transnational*. Paris: Nouveau monde.
- .2010b.. "La notion de manifeste". *Francofonia*, 59. Pp. 13-29.
- .2014. *Isms. Du réalisme au postmodernisme*. Paris: CNRS.
- Bürger, Peter.1974 (2000). *Teoría de la vanguardia*. Barcelona: Península.
- Casanova, Pascale. 2001. *La República mundial de las Letras*. Barcelona: Anagrama.
- Charle, Christophe. 2009. *El nacimiento de los "intelectuales"*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Giunta, Andrea. 2001. *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires: Paidós.
- Kurt, Joseph. 2015. *Naciones literarias: la literatura y sus relaciones con la política, la ciencia y el arte*. Villa María: Eduvim. E-Book.
- Libros del Rojas (comp.) 2003. *Vanguardias Argentinas. Ciclo de mesas redondas del centro Cultural Rector Ricardo Rojas, 2 al 5 de diciembre de 2002*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Lucena, Daniela. 2015. *Contaminación artística. Vanguardia concreta, comunismo y peronismo en los años 40*. Buenos Aires: Biblos.
- Saferstein, Ezequiel. 2013. "Entre los estudios sobre el libro y la edición. El 'giro material' en la historia intelectual y la sociología". *Información, cultura y sociedad*, 29. Pp. 139-166. Obtenido de (<http://www.scielo.org.ar/pdf/ics/n29/n29a07.pdf>)
- Sapiro, Gisèle. 2009. *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation, XIX^e-XXI^e siècle*. París: La Découverte.
- Sorá, Gustavo. 2011. "El libro y la edición en Argentina Libros para todos y modelo hispanoamericano". *Políticas de la memoria n° 11*, Buenos Aires: CeDInCI-UnSAM. Pp. 125-145.
- Spivak, Gayatri. 2003. *Death of a discipline*. New York: Columbia University Press.
- Thiesse, Anne-Marie. 2001. *La création des identités nationales. Europe, XVIII^e-XIX^e siècles*. Paris: Seuil.

Lecturas en debate

M. Cerviño

El estudio de la literatura y el arte en las "periferias"

apuntes
CECYP

30

PÁGINA

170